

# Tiramisú

Tina Díaz

Edición literaria de Virginia Rodríguez Cerdá

Oro le daba el árabigo y plata el indio remoto; aroma el sabeoremito; cristal helado al morabio; puros el griego sabio; flechas el tártaro escita; el persa perla infinita; Judea, bálsamo puro; seda al egipcio perjuro y pieles el moscovita.

TIRSO DE MOLINA

Me daba miedo lo que sabía, miedo de precipitarme en el horror de lo que sabía, y por tanto no plasmé esa idea en palabras hasta que fue demasiado tarde para que las palabras me sirvieran de algo.

*El libro de las ilusiones*  
Paul AUSTER

En la noche cerrada, iluminada ella sólo por luces mortecinas, con el cincho del bolso grande y blando cruzado, con el bolso fuertemente apretado entre sus brazos, está Delgadina sentada en el duro banco de piedra del rent a car después de veinticuatro horas de viaje; veinticinco, dice su reloj.

Vigila la Doloritas sus maletas puestas en el suelo y sus manos palpan a través del fino cuero del bolso su ordenador tan delgadito. Merodean por allí unos hispanos de piel oscura como los que acompañan a Salvador en el patio de la cárcel de Soto, **en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo.**

Los jóvenes que dan vueltas en torno a los bancos y a la parada del autobús llevan camisetonos de nailon extra large, grandes números en la espalda; Dolores se entretiene en sumar el tres con el cinco y el dos con el nueve, pero no sabe qué función darle a esas sumas. Los jóvenes sucios parecen sin embargo mejor alimentados de lo que ella había estado en su niñez hambrienta, qué amargor de boca solita en este banco a verlas venir. Carteles ajados anuncian el riesgo de dejar de vigilar las pertenencias de uno. Muy cerca ladran los perros. Muchos perros ladran en la noche.

Antes, en el control de pasaportes, había visto Dolores otros carteles más nuevos avisadores de los peores castigos si es que uno agredía a un agente federal, y luego los federales y los otros en busca de terroristas, el registro exhaustivo dentro del aeropuerto que daban ganas de volverse a casa; pero la peor amenaza de todas es su realidad, tiradita en el banco, solita, solita, la boca queda y los ojos listos.

Apenas había podido dar cinco caladitas al cigarro. Al comienzo del larguísimo viaje la azafata del avión la había pillado fumando en el váter; estaba de una leche la azafata...: «Si vuelve a fumar la metemos en la cárcel cuando lleguemos». Al volver hacia su asiento había tropezado Dolo-temblorosa con unos pies al final de unas piernas estiradas que salían de debajo de una manta esponjosa cuyas letras azules rezaban: «The princess of a lot of things». La pasajera de debajo de la manta ni se había despertado. Doloritas, tan esmerada, odiaba a las rubias en general, todavía más si eran gorditas como la desconocida, toda pánfila debajo de su manta de «The princess of a lot of things». Doloritas en ese vuelo se había sentido más bien como la reina de las desgracias y con los nervios de punta por no poder fumar desde Madrid a Los Ángeles pasando por Filadelfia, muerta de miedo por si al bajar los agentes federales fueran a detenerla.

Había hecho solitarios con las cartas de póquer diminutas que siempre llevaba encima, se había cepillado un montón de revistas y había comenzado a leer por tercera vez *El Quijote*, que la tenía enviciada; leía en un *Quijote* muy manejable y medio desencuadernado ya, como ella. Durante el viaje, había terminado Dolores por acabar de arrancar las tapas duras y dejar el tocho de hojas delgaditas, delgaditas libre, plegable y arrugable. Después del incidente del fumeque y a fuerza de pastillazos y de mucho vino había conseguido dormir bastantes horas.

Ahora, con los ojos como platos en las sombras del banco del rent a car, totalmente espabilada, fuma que te fuma. Todavía no sabe Dolores si es que la acusan o de qué la acusan, pero por si acaso y obedientemente había seguido las órdenes de Muchasmentiras y se había ido de Madrid.

Un mendigo anuncia el fin del mundo, es blanco y joven, acercándose y alejándose en paseos confusos gesticula en el miedo. Dolores va estirando las piernas, ha dejado las maletas al cargo de un matrimonio que en el banco de piedra de al lado también espera un coche. La pareja del banco lleva toda la ropa arrugada. Las mujeres aquí no

planchan, y hacen bien, pero ella, Doloritas, va siempre súper arreglada. Sin dejar de mirar sus maletas pasea muy cerca del mendigo pensando en esos ropones tan arrugados y tan deslavados que llevan los americanos.

A cada parón del autobús el conductor negro e indiferente se apea y se vuelve a subir entre los ruidos apocalípticos del motor, en corto trayecto va y vuelve del aeropuerto. Dolores, con el arrullo bronco de ese autobús, recuerda sus esperas de niña, qué zalemas le hacía a ella su pobre padre, cuántas veces en los días tan fríos de los inviernos de Logroño lo había esperado heladita ella en los bancos de granito de Las Ranitas parecidos a estos del rent a car. Su padre y Jesusón venían desde Madrid en los traqueteantes autobuses de línea que paraban allí cerca de Las Ranitas, su pobre padre, tan inútil.

Dolores tiene el ánimo tan dolorido como sus huesos y está rendida. Salvador lleva ya más de cinco años en la cárcel y cualquiera sabe cuándo lo sacarán. Ha sacado Delgadina la polvera de su trousseau lleno de cositas de marca y se ha repintado la cara tan retocada, encuentra que hasta las ojeras del cansancio añaden en el espejo a su tez clara olivácea un toque elegante; la verdad, las pinturitas le han devuelto el ánimo. Le ha venido a la mente un reportaje de la tele sobre las guerrilleras de las FARC de Colombia, pintaditas, organizaditas en la selva, con los rulos puestos.

El hotel Marriottt, que está enfrente, es un edificio alargado con un neón rojo arriba del todo y cuatro delgadas y altísimas palmeras que llegan al cielo, dos en cada costado del edificio. Para verlo entero tiene Dolo en su banco que asomar la cabeza, puesto que el toldo costroso del rent a car le tapa la visión, o tal vez es que el dolor agudo en la nuca le impide saber qué ángulo hubiera sido el bueno para ver bien la panorámica californiana. Si baja la cabeza no ve sino sus maletas y basuras surtidas expandidas por el suelo. Debería quedarse a dormir en ese hotel Marriott en vez de seguir viaje.

Los hispanos se han ido, el mendigo también, el espantoso ruido del motor incansable del bus se ha quedado; en la Huesosmolidos, la herida de su antigua miseria. Seguirá hasta su destino y tiene mucha urgencia en llegar: «Somos una maleta, Dolores», le había dicho Angustias. Su hermanastra decía que se estaba haciendo budista: «La muerte es sólo que nos cogen en una estación y nos llevan a otra como a una maleta»; pero a Angustias ni con esa religión se le había quitado la cara de retorcidilla que tenía, ni siquiera se lavaba más que antes. Dolo, con el móvil, habla dos o tres veces con ella nada más llegar a Hollywood, de cotorreo con Angustias, que por lo menos así de lejos no huele. No había noticias. Angustias no tenía móvil ni tenía e-mail ni tenía nada. Pero tiene a su nombre en Andorra una de las cuentas de Dolores y Salvador, y lavando, lavando, pero no a sí misma, es la depositaria de dos créditos adosados de esos que inventó el Meyer Lansky, el financiero de la mafia. Esa bruja tiene además una habilidad especial para las pocas veces que sale arañar información por las calles y deducir, además, le araña el bolsillo a ella siempre que se deja. Cierto es que Angustias nunca había visto con buenos ojos su lío con Salvador, «Te va a dar la vuelta como a un calcetín», y tanto; sin embargo, Angustias le había tenido mucho aprecio a Jacinto.

Por fin, coche adjudicado, venga a cargar todo solita y meterlo en el maletero, lleva poco equipaje porque piensa comprar mucho, corre que se las pela del coche a las maletas ya que, y a pesar del cansancio, como quién sabe cuándo podrá volver a Los Ángeles, ha decidido visitar al menos el sitio donde daban los Oscar.

Con el plano desplegado y las guías ha buscado la ubicación del Teatro Chino y en él los pasos, manos y estrellas de las estrellas de Hollywood; ha buscado recuerdos, aquella postal de Gina y Marilyn vestidas de blanco frente a frente dándose la mano, los pies diminutos de Rita, ha pasado mucho rato entre las huellas del cemento,

encantándose de estar allí. Tan larguísimo viaje y se iba a ir sin ver las huellas de sus estrellas, la emoción, todo es oscuro, las tiendas de souvenirs cerradas, noche noche.

Poco a poco ha ido agachándose para ver firma por firma, ha pisado de huella en huella, qué zapatitos tan pequeños debían de llevar, hechos a medida seguramente. Una y otra vez ha hecho sus pesquisas: agachada, ha pasado las manos por el cemento y luego ha dado unos pocos pasos por las estrellas del paseo.

Ver eso y morir: sus sueños de cine maravillados, volverá de día, otro día, si es que hay tiempo. A pesar de no haber podido comprar ningún souvenir ni hacer fotos de las huellas, por Dios, qué gusto, haber estado allí en la noche como una artista vieja y borracha de esas que se volvían cleptómanas, haber pisado sobre las huellas de los zapatitos de sus ídolos de niña.

Ya va por el bulevar de Santa Mónica. Ya va llegando a Malibú, ya ve las casas desperdigadas por las playas.

Malibu, por la autopista del Pacífico la vida tenía cosas maravillosas.

Corre que te corre, vuela que te vuela equivocándose por los vericuetos de las autopistas interminables, teniendo cuidado de no volver a errar, se va la Huesosmolidos de Hollywood: ve alejarse las letras iluminadas de donde decían que se tiraban los suicidas, Hollywood, pobre de la Olvidito que se tiró al Ebro. Muerta como todos los artistas muertos, y ella en la vida, y que dure.

Doloritas de niña se había pasado la vida en el cine, su madre muchas veces la dejaba al cargo de los acomodadores y de la mujer que despachaba las entradas, y ya de noche la recogía Jesusón. Siempre la habían cuidado bien. Todavía recuerda algún retazo de los diálogos de las tantísimas películas vistas un día tras otro hasta que las quitaban; en ese refugio de su infancia desgraciada nunca había sentido nada malo. A su madre —qué vida tan desperdiciada— la echaban de todos los sitios por ladrona, pero de la limpieza del cine nunca la echaron. Las dos primeras españolas que habían llegado a América con los descubridores eran dos gitanas acusadas de asesinato, Catalina y María se llamaban, pero su madre ni había estado en América ni en ningún sitio ni era gitana ni había matado a nadie, su madre sólo arramplaba con todo lo que podía y, aun así, habían pasado tanta hambre. Doloritas, más muerta que viva, había asistido a algunos de esos trances con las señoras. En los casos así las criadas de entonces se ponían de rodillas, negaban, por Dios, señor o señora, no lo haga, pero su madre no, su madre se insolentaba. Su madre a las señoras las insultaba, las maldecía, las llamaba zorras, lo negaba todo y luego, cuando la ponían en la calle, le decía a ella: «El tiempo pone a la gente en su sitio». Ella de niña era callada y modesta. Esos recuerdos violentos le mueven agrios las entrañas, del asco por todas las miserias que habían pasado. Habían pasado mucho, tanto que nadie podría creérselo.

Por las autopistas una radio hispana: por dos dolaritos, que dicen en la radio con acento de México, te dan el libro de las cosas de segunda mano, dos dolaritos, Radio Lobo, auuu-auuu. Huesosmolidos rememora a los artistas de las huellas en el cemento: haber estado en Hollywood en esta noche, una alegría honda y pasajera. Los últimos días en Madrid habían sido de terror. Salvador tiene mucho miedo.

Hete aquí que había uno, el señor Paesa ,reputado espia de profesión ,que se había hecho el muerto con una esquela en *El País* y todo, y cantos de réquiem con coros gregorianos de los monjes del Císter de San Pedro de Cárdena, misas a las que hasta habían asistido los familiares del supuesto difunto, pero que según había dicho después el diario *El País* y la radio el muerto tan cantado en esos cánticos estaba vivo y bien vivo y tenía en su poder los mil seiscientos millones de pesetitas ahoradas por ..... Efectivamente, Salvador había tenido noticias de Paesa, y Salvador estaba aterrorizado. Salvador a ese le tenía mucho miedo, muchisísimo.

Hacia años ya, el otro,... el mas amigo del muerto-que-era-un-vivo, en la secuencia famosa de una de las últimas intervenciones televisivas antes de escaparse, bajando las escaleras que parecían llevarlo al infierno, había dicho: «Cuando yo deje el cargo de Director de la Guardia Civil me van a quedar cero pesetas». «Cero pesetas», con su atractivo y sincero acento aragonés había repetido, «Cero pesetas», serio, calvo y pensativo, enfundado en un abrigo cruzado, atado, largo, lujosísimo, que ella sabía que era de vicuña. Su querido Salvador tenía el mismo en un poquito más claro, que se lo habían comprado juntos en un viaje; además, por aquel entonces Salvador se había hecho en París unos trajes de franela con cinturón y tirantes forrados de la misma franela gris del traje que eran la pera, pero ella..., ella, la Doloritas, era fría y aun entonces no las tenía todas consigo. **¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?**

Pero un día inolvidable, un día de bastante antes de la bajada por la escalera del abrigo cruzado de vicuña y las cero pesetas, salían todos del Crillon, en París. A la vez que ellos salían una mujer y dos hombres. La mujer llevaba pieles y un echarpe de encaje de lana blanca cubriéndole la cabeza. Nevaba unos copos grandes espesando el blanco cuajado en el suelo. La mujer del encaje reía y se agarraba del brazo de los hombres; a la vuelta de una esquina se habían perdido de la vista de Dolo y ella en ese momento hubiera llorado de felicidad, de amor y de unas ansias que no la dejaban respirar saliendo del Crillon con Salvador, que la rodeaba con sus brazos y llevaba el abrigo cruzado con cinturón igual al de las cero pesetas, que aquel día también iba con ellos.

Dos dolaritos, auuu-auuu; cero pesetas. Radio Lobo, auuu-auuu, cantaba ahora rancheras que contaban la gesta de los pobres pringados que desde México transportaban la droga, dos dolaritos, auuu-auuu. La que toca puras buenas, Radio Lobo.

El lobo había llegado para ellos el día que faltaban doce horas para que ..... el de las cero pesetas, fuese Ministro del Interior de todo el Reino de España y a la vez su Salvador infinitamente más rico y más importante, auuu-auuu, seis horas para que, auuu-auuu, saliese a la calle el periódico aquel que terminaría acabando con ellos, el periódico ese ni existía ya y los periodistas ni hacían caso de ese asunto del pasado. El periódico justiciero.

Corría como en los corridos aquel día, el día 23 de noviembre del año 1993 del principio del fin. De esa fecha hace ya unos ocho años y el de las cero pesetas sigue en la cárcel también, aislado del todo, en régimen muy especial en una cárcel de mujeres, que no sabe Salvador como no se ha pegado un tiro ,hecho polvo, destrozadísimo, la prensa habla de él muy raramente, ya no interesa, ya no interesa, no interesa.

La «relación» de Doloritas con Salvador había sido de cine. Más peliculera que nunca Doloritas en esa relación, y había sido..... **Que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.**

Pero ahora, con Salvador tanto tiempo en la cárcel, tiradito —aunque menos que .....—, y parte de los dineros inseguros, a Dolores se le empezaba a hacer muy, muy larga esa película. En la prensa del corazón decían «una relación», y decían si «tienes pareja» o si «buscas pareja». Todos, Doloritas también, y Salvador en su cárcel, absorbían hambrientos esa prensa de chismes y amores ajenos que había suplantado en el entendimiento de los españoles al interés por los escándalos económicos del poder, al interés por el ..... y por los otros. La gente ahora sólo parecía interesarse por las continuas relaciones del corazón que las televisiones y las radios y los periódicos aireaban diariamente en horas y horas de relaciones tan públicas que hasta la gente

corriente que llamaba a las radios o iba a los programas de las televisiones decía: «Tengo una relación».

Sol, una de las hijas de Olvido, había sido reportera asfáltica del corazón, había andado esa con la alcachofa en ristre corriendo detrás, interpellando a los famosos. Ahora ya tenía un par de programas y a Dolores le contaba de los montajes, la compraventa de noticias, las falsas bodas, las falsas rupturas, los hijos falsos, las cosas que no saldrían nunca y las que saldrían. En las radios y en las teles había horas y horas de debates y discusiones apasionados sobre los corazones. Salvador se había distraído mucho con esas cosas, y le decía a Dolores: «Mejor, mejor», pero ahora estaba tan hundido... —en los bis a bis se ponía a llorar—; ahora, como estaba con tanto dolor de corazón, le parecía a Doloritas que era como si la quisiera más.

Dolores por fin ha encontrado el camino de Santa Bárbara donde debe encontrarse con el hombre de la CIA. Muchasmentiras la había urgido a que fuera a verlo, y ella, obediente como había sido siempre, se había puesto en camino, pero antes había ido a contárselo a Salvador que, al oír la palabra *CIA* y a pesar de su atontamiento creciente, había abierto unos ojos como platos. **No será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan.**

El abogado Muchasmentiras, un viejo pegajoso y oblicuo, más tierno que un guante y malísima persona que hasta a los narcotraficantes defendía, era el abogado de Salvador.

La que toca puras buenas tocaba ahora rancheras burlescas, hechos facinerosos de poderes mexicanos ya idos, Radio Lobo, auuu-auuu.

En aquellos días de aviones y barcos con Salvador, del Crillon y del lago de Zug, de restaurantes tremendos y de la primera ropa carísima que usara en su vida, su tía Milagros, con los ojos pequeñitos entre las bolsas de los párpados que casi se los tapaban, le decía: «Disfruta, disfruta, yo he sido bastante feliz porque nunca he intentado ser respetable ni me he arrepentido de nada. Disfruta, disfruta». Algo escamada de la suerte que había hecho Dolores, su tía Milagros, peinadísima de peinadora con su pelucón negro, la miraba atentamente. Aunque ese día estaban en casa llevaba sus collares largos de perlas y un traje sedoso azul marino de lunares blancos, su enorme dentadura postiza blanquísima en la sonrisa. Luego había llegado una contertulia y Dolores y ella habían recogido sus solitarios. La visitante, algo más joven que su tía, había ido a llorar sus amores con un chico al que llevaba unos treinta o cuarenta años, drogata, decía, y decía Milagros: «Muy mal, muy mal, déjalo, échalo». Delgadina las había dejado en esas confesiones y se había ido. Cierto, su tía, pasando de las habladurías, había vivido atendida y rodeada de amigos, gente vieja de pasado inconfesable que la visitaba, más rodeada su tía, más entretenida que cualquier vieja de vida intachable, que se decía. Pero ahora su tía Milagros había muerto, su madre había muerto, Olvido se había echado al Ebro, y a Jacinto lo habían asesinado en una muerte descubridora de la que sin embargo no se había descubierto el culpable. Todo había sido en el mismo año, hacía ya algunos, la vida era así, las cosas de repente se te echaban encima y ese año de las muertes en la soledad rabiosa del que no tiene a nadie se había echado ansiosamente ella a la vida de Salvador. Salvador, reñido con ..... y desengañado de los suyos, que únicamente querían dinero, sólo la tenía a ella. Tenía un tacto tan extremado la Huesosmolidos para esos quehaceres, para envenenarlo contra los suyos, y mantenía con los otros esas formas distantes que había aprendido en su larga relación con Jacinto, que, según se ve, estaba lleno de desvíos.

Camino de Santa Bárbara, satisfechona, recordándose de chiquilla muerta de hambre, fea, con aquella nariz que sólo había que verla en las tres fotos que tenía de niña, tres incluida la foto de la comunión. Los pobres de entonces eran tan pobres que

no podían hacerse fotos; de su madre sólo conservaba una, su madre, que se parecía algo a Dolores del Río pero también estaba hecha un sable de delgada, de no comer. Auuu-auuu, su madre maltrecha la llevaba hecha una traza que parecía una Jesucristina con la raya en medio en simetría con aquella nariz ganchudísima que le ocupaba toda la cara a Dolores. Sólo le faltaban la escoba y el bosque. Las niñas se reían, su madre le mojaba el pelo y le sacaba la raya con un peine roto frente al espejo roto también, mirándola, eso sí, con mucho amor y mucha pena. «Jesucristinaaaa —la llamaban las otras niñas—, Jesucristinaaaa». Su madre le hacía la permanente en las puntas del pelo reseco con un mejunje que le dejaba una amiga peinadora, y ella, Dolores, se miraba en el espejo roto. La rotura de un espejo augura siete años de desgracias, pero en ese tiempo en que los espejos estaban rotos en trozos sólo debían de augurar el hecho nada misterioso ni debido al azar de la miseria colectiva extrema que la guerra había dejado en España, en toda España. Le gritaban: «¡Jesucristinaaaa!». Y cuando alguna vez su tía Milagros venía a recogerla al colegio, las niñas cuchicheaban, se daban codazos, pataditas: «Es la querida de López», decían, y no la saludaban, pero su tía, orgullosa de su relación con aquel hombre rico y tan del Régimen, las miraba con mucho descaro. La mujer de López, sabedora del escándalo de la querida de López yendo a recoger a su sobrina al colegio, había ido a ver al Obispo y a la Madre Provincial. A Dolo-nariguti, que era de las gratuitas, la iban a echar, pero la intervención de López en las mismas instancias obispaless y colegiales a las que había acudido su legítima la había salvado in extremis. Aquella pobre niña, ya sin nariz ganchuda, conduce diestramente por las autopistas camino de Santa Bárbara. Todo lo había hecho a fuerza de la fuerza que le daba el rencor por ser tan pobre y tan fea, el deseo tenaz de salir del hoyo, salir de aquella miseria. «¡Jesucristinaaaa!». Qué lagrimones echaba entonces. Tiene Delgadina el rencor clavado en el alma, la heridita sin cerrar de la pobreza humillada, los recuerdos vengativos y un brillante legítimo, gordo, montado en oro legítimo también, que brilla en la noche. Dolo conduciendo ya llega, acaba de ver una estrella errante y le ha pedido el deseo de abrazar a Salvador en libertad, el deseo de que Salvador salga pronto de la cárcel, en un abrir y cerrar de ojos ha aminorado Dolores la marcha, pero la estrella errante es una lucecita que sigue huyendo y parpadeando porque no es una estrella, es sólo una luz de algo que está al fondo del paisaje en la noche negra sin estrellas, ay, Salvador, su galán maduro. Del tango de su memoria, la locura por su hombrón; y del viaje tan largo y las pastillas del avión, la cabeza dolorida, cabeza hinchada yo tengo, la cabeza que siente que se le hincha y se le deshinchaba y se le vuelve a hinchar igual que en la película aquella de los hermanos Lumière que le hinchaban a un tipo la cabeza pequeñita con un fuelle.